

INTRODUCCIÓN

Mi novela anterior, *Entrelazamientos*, fue publicada a finales de 2016. Durante la presentación del libro en Las Palmas, uno de los asistentes comentó que la fotografía que en el capítulo cuarto de la novela yo atribuía a Diego Ponte del Castillo y que había descubierto en una exposición en la Casa de los Coroneles de Fuerteventura, no correspondía al auténtico marqués de la Quinta Roja. Sabía de lo que hablaba: era el profesor José Concepción Rodríguez, director de la Casa de los Coroneles y a la sazón responsable de aquella exposición que yo había visitado. Al final del acto me dijo que el error había sido subsanado y que me enviaría la fotografía del auténtico Diego Ponte, que había servido de modelo para el único retrato al óleo que se conserva del marqués de la Quinta Roja. A los pocos días recibí la fotografía y la imagen del cuadro al óleo de Diego Ponte, que, según me decía el profesor José Concepción, había sido pintado por el sacerdote José María Bosch, secretario personal de fray José Cueto, obispo de Canarias, como encargo de la esposa del marqués, María de las Nieves Manrique de Lara.

Por esa misma época recibí un *e-mail* de una lectora del libro, que, en este caso, se refería a otro de los capítulos, aquel en el que yo narraba la llamada batalla de Tamasite entre los isleños majoreros y corsarios ingleses en 1740. ¿Sabía yo que en aquel mismo año otro grupo de corsarios ingleses había atacado la isla de La Palma? No, no lo sabía, y esta amable lectora tuvo la gentileza de enviarme una narración de aquel desembarco del corso inglés en Puerto Naos, escrita por el mercader y explorador escocés George Glas. Mi comunicante añadía algo más sobre Glas. Decía que “su final fue terrible, y que, por lo que se sabe, era un escocés que huía de la represión inglesa después de la derrota de Culloden, pues Glas había apoyado la causa jacobita.” Todo esto me interesó al momento. Por una parte, hacía muchos años

que había leído un libro de George Glas que hablaba de las islas Canarias. Me propuse buscarlo y releerlo. Por otra, también recordaba tener otro libro, antiguo, que un hermano mío me había comprado cuando vivía en Inglaterra y que se refería a las rebeliones jacobitas. Lo encontré, se titulaba *Memoirs concerning the affairs of Scotland from Queen Anne's accession to the throne, to the commencement of the union of the two kingdoms of Scotland and England, in may, 1707*. También me propuse leerlo.

En aquella misma visita a Las Palmas, en una charla sobre universos paralelos que di en la Casa-Museo Benito Pérez Galdós, me reencontré con un antiguo compañero de estudios. Hablamos del tema que había desarrollado en la conferencia, de astronomía, de física cuántica, asuntos que nos apasionaban a los dos, y al final me dijo: “Para mí, todo esto tiene un nombre propio, Michael Faraday. Todo viene de él.” Y me recomendó un par de biografías del físico inglés.

Unos días más tarde, ya de vuelta en casa, pensé, sin saber muy bien por qué, que aquellos cuatro asuntos que me habían interesado en mi visita a Las Palmas –Diego Ponte, George Glas, las rebeliones jacobitas y Michael Faraday– estaban relacionados. Aunque, en realidad, sí sabía por qué.

Entrelazamientos, el título de mi novela anterior, se refiere a una extraña relación de personajes y acontecimientos aparentemente independientes; pero también tiene que ver con una rara cualidad de la realidad física: el entrelazamiento cuántico. Por regla general, en la vida ordinaria, dos objetos o acontecimientos distantes son independientes; lo que sucede a uno no afecta al otro. Y si hay algún efecto, este se transmite de uno a otro a una velocidad limitada. Los efectos del Sol, que está a 150 millones de kilómetros de la Tierra, nos llegan después de recorrer esa enorme distancia. Por eso, la imagen que nos llega del astro tarda unos 8 minutos en llegar a nuestros ojos, el tiempo que tardan los fotones que salen de su superficie en alcanzar nuestra

retina, a la velocidad de la luz, 300 000 kilómetros por segundo. Nada puede ir más rápido en el universo. Sin embargo, se han descubierto sistemas compuestos de partículas elementales, tales que, aunque esas partículas estén separadas unas de otras a años luz de distancia-tiempo, lo que ocurre a una de ellas afecta a las demás de forma instantánea. Es lo que se denomina entrelazamiento cuántico. La realidad física de la que formamos parte tiene esta cualidad.

Las historias, los acontecimientos humanos, son realidades emergentes de la realidad física. Lo que subyace en *Entrelazamientos* es que a pesar de que puedan estar separadas en el espacio y en el tiempo, algunas historias humanas están entrelazadas. ¿Y por qué no iban a estar igualmente entrelazadas aquellas que se derivaran de la narración del primer libro? Este es el fundamento de *Nuevos entrelazamientos*.

Además de todo esto, en *Entrelazamientos* dábamos cuenta de la interpretación física de los muchos mundos, según la cual la realidad es multiversal. Cada instante es un universo y solo somos conscientes de una particular secuencia de estos universos que experimentamos como si fuera la única historia posible, pero no es así. Habitamos en una infinidad de universos que componen múltiples historias que derivan del mismo núcleo, como las ramas de un árbol que nacen de un mismo tronco. La mayoría de las historias se parecen a la que conocemos, pero en otras hay ligeras variaciones. La ficción y la imaginación nos ayudan a alumbrar algunas de esas historias. Perseverar en ese intento es el objetivo de este nuevo libro.

El 16 de abril de 2017 decidí escribir esta nueva novela. Sobre mi escritorio tenía dos libros que estaba leyendo: *Descripción de las islas Canarias*, 1764, de George Glas, e *Historia química de una vela*, de Michael Faraday. En un cajón del mismo escritorio, aún en un limbo que aguardaba su momento, una edición de 1714 de *Memoirs concerning the affairs of Scotland from Queen Anne's accession to the throne, to the commencement of the union of the two kingdoms of Scotland and England, in may, 1707*. Desde la pantalla del ordenador me miraba Diego Ponte, octavo marqués de la Quinta Roja, en la antigua fotografía que amablemente me había enviado el profesor José Concepción Rodríguez. De fondo escuchaba *Judas Macabeo*, uno de los oratorios de Georg Friedrich Haendel.

En aquellos momentos no era capaz de ver el rico y amplio conjunto de conexiones entre los elementos, pero estaba seguro de que todos se relacionaban.